

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

DESDE LA CORTE

(Por un hilo especial.)

San Sebastián 10.

Hemos llegado yo y Almodóvar.

El pueblo de San Sebastián nos ha hecho un gran recibimiento. Flores... y García, música de Quinto, arcos triunfales, palomas, palomos, versos de Grilo... ¡El desmigue! Sigo telegrafando.—Sancho.

San Sebastián 10.

Yo y Almodóvar pasamos los días divertidísimos, celebrando las imperiosas vacaciones del estío. Hemos recibido varias cartas del Nuncio con instrucciones. Ayer hemos jugado a los caballos en el Casino. Hemos perdido. Sigo telegrafando.—Sancho.

San Sebastián 10.

Los trenes de Madrid vienen llenos de personas conocidas: las de Brodequin, las de Viente Ameno, las de Lagarto, las de Verde y Comasa, las de Lechuga, las de Gómez, las del Tronío, las de Vécerva y otras muchas más. Sigo telegrafando.—Sancho.

San Sebastián 10.

Digan lo que digan los termómetros, hace un calor de dos mil y pico de demonios. La Concha está concurridísima. Yo y Almodóvar hemos tomado ayer un baño de ola. Almodóvar estaba precioso con su traje de bañista. ¡Qué suprema distinción la de ese hombre! Ni para meterse en el agua se quita los botines. Sigo telegrafando.—Sancho.

San Sebastián 10.

Seguimos divertidísimos. Hoy se han estrellado varios automóviles. Se espera que de un momento a otro llegue Romero Robledo. Envien fondos.—Sancho.

EL DINERO

Creese generalmente que el dinero representa la riqueza, que ésta representa el producto del trabajo, y que, por consecuencia, existe una perfecta relación entre trabajo y riqueza.

Esta creencia es del mismo género que aquella otra que supone que toda organización social es resultado de un contrato social. Aparéntase creer que el dinero no es más que un medio de cambiar los productos del trabajo; si yo hago botas, otro amasa y cuece pan y un tercero cria carneros, etcétera, las monedas nos sirven de intermediario para facilitar las transacciones. En este caso el dinero da curso a la producción individual y representa el equivalente del trabajo de cada uno.

Esto sería perfectamente exacto si no se cometiese violencia alguna, entendiéndose por violencia la producción otorgada por el régimen social, por la legislación y por las costumbres a los productos de un trabajo en detrimento del otro.

En cuanto se ejerce la presión más mínima, bajo cualquier forma que sea, el dinero pierde inmediatamente su carácter de resultado del trabajo para convertirse en instrumento de explotación.

El botín de guerra obtenido por el soldado no puede compararse al pago del precio ganado por la hechura de un par de botas.

Unas aldeanas hilan y tejen una tela y la venden, unos siervos trabajan para su señor, éste vende el tejido y recibe su precio. Las mujeres y el señor han percibido la misma clase de moneda, pero en el primer caso el dinero representa el trabajo, en el segundo la violencia, la explotación y la iniquidad.

En una sociedad que existe una fuerza que se apropia el dinero de los otros y que se protege esa posición usurpada, no puede decirse que el dinero sea la representación del trabajo.

El dinero no puede ser equivalente del trabajo más que en un medio social en que existiesen relaciones mutuas completamente libres.

Hoy, después de siglos enteros de rapiñas que van continuándose en la actualidad, el dinero, en sí mismo, es una grandísima violencia, y en sus efectos es la excusa, la justificación y el objetivo de toda clase de crímenes.

Decir hoy que el dinero representa el trabajo es caer en un error profundo o mentir con conocimiento de causa.

En su significación más exacta el dinero es un

signo convencional que da el derecho a la posibilidad de servirse del trabajo de los otros.

En realidad, el dinero no debería dar ese derecho sino cuando él mismo fuese el equivalente de la actividad empleada por su poseedor, y así sucedería en la sociedad en que no se cometa violencia.

El hombre vende en la mayor parte de los casos los productos de su trabajo pasado, presente y futuro, no por que el dinero le permita facilidades de cambio, sino porque se le exige como una obligación.

Cuando los Faraones de Egipto reclamaban el trabajo de sus esclavos, éstos no podían dar más que su actividad presente o pasada.

Hoy, con la aparición y la circulación de la moneda y de su consecuencia el crédito, ha sido posible vender, no sólo el trabajo pasado y presente, sino el futuro.

El dinero, mediante la violencia que ejerce en las relaciones sociales, no representa más que la posibilidad de una nueva forma de esclavitud impersonal que ha reemplazado a la esclavitud personal.

El que no ha producido nada, ni produce, ni producirá nada, y para vivir en la opulencia no necesita más que cortar cupones de sus títulos de renta, podrá decir que su dinero representa trabajo; sí, pero ¿cuál? Evidentemente no el trabajo del rentista, sino el del trabajador, cuya vida es una privación continua.

El dinero es, pues, una forma nueva y horrible de la antigua esclavitud.

En la esclavitud antigua, la rudeza de la forma, el hecho de hallarse frente a frente del tirano y la víctima, indignaba, excitaba la sensibilidad de las gentes impresionables y alguna vez se exponía al señor a las justas iras del ser vivo, en la esclavitud moderna se han suavizado las asperezas; el amo y el esclavo no tienen relaciones personales y directas, la culpabilidad y responsabilidad son impalpables, y aún se ha hallado el modo de cubrir tanta inmundicia con la hipócrita máscara de la igualdad de derechos en la tierra y en el cielo.

La esclavitud moderna, hija de la antigua y perpetuada por el dinero, es la iniquidad perfeccionada.

LEÓN TOLSTOI

NO SOY CAZADOR

Mis queridos amigos Juan y Mateo: Acabo de enterarme de vuestra carta, y aunque estar con vosotros es mi deseo, no os acompaño al monte de Villamarta.

Muchos amigos míos son cazadores, y al sport de la caza todos me animan, y hasta me ofrecen armas de las mejores y la entrada en los montes que más estiman.

Pero aunque el campo es cosa que me embelesa, y por ir a caballo siento locura,

y me gusta ver tóros en la dehesa, y hasta entiendo un poquito de agricultura, no comprendo ese gusto que a mucha gente da el coger la escopeta, llamar al chuchó, y apuntando a un conejo traidoramente, ¡cataplúm!, reventarle con un cartucho.

La perdiz calzadita de colorado, que tiene unas tajadas que son tan buenas; la liebre, tan ligera como el venado;

la codorniz, que a golpes canta sus penas; la copiosa bandada de pajarillos;

el conejo, mostrando siempre su escama, y la chiocha, que ataca con los colmillos,

y el jabalí, que vuela de rama en rama, entre arroz ó con salsa son excelentes,

y de gusto los dedos uno se chupa; pero todos son bichos tan inocentes,

que es no tener entrañas haceros pupa.

Yo, que concuro a toros y a novilladas, y veo en las corridas, ¡ó amigos míos!, cómo las reses mueren mortificadas

y los caballos quedan medio vacíos;

yo que aun teniendo calma reconocida, para matar tendría tal vez coraje

si alguno me quisiera quitar la vida ó si me hiciera objeto de vil ultraje,

no puedo ver con calma, yo lo declaro,

que un hombre la escopeta se eche a la cara y un pobre animalito sufra el disparo

sin poder defenderse del que dispara

¡Que ese sport tiene encantos! Me lo figuró. Pero a mí no me gusta mucho ni poco.

Conmigo todo bicho vive seguro de que si él no me toca yo no le toco.

¡Que sentís que no sea de la partida y que no participe del resultado?

Pues eso se remedia, pero en seguida. Cuando voláis del monte de haber cazado,

siempre que no haya sido con suerte escasa, coged cuatro perdices, cuatro siqueras,

y que vuestro criado las deje en casa para que me las guise la cocinera.

No esperéis, pues, que vaya de cacería a matar perdigones... con perdigones.

¡Yo, aunque cazase moscas, nunca lo haría sin pedir las primero dos mil perdones!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

NUESTRO TIEMPO

Un rey abdica, abandona su país y se instala en París. Se ha reservado al abdicar determinados derechos políticos. Un día pierde mucho dinero en el juego y se encuentra muy apurado; se le ocurre entonces establecer con el gobierno de su país un contrato, según los términos del cual, renuncia para siempre, mediante una suma de un millón de francos, a todos los títulos, situaciones oficiales y privilegios que todavía conservaba. — Rey «fin de siglo».

Un obispo procesado ante los tribunales por ofensas al ministro de Cultos de su país, hace distribuir a los periodistas, en el curso de los debates judiciales, por los canónigos que le acompañan, su defensa impresa por anticipado y tirada a profusión. Después de su condena a una multa, organiza una suscripción pública que le produce diez veces la suma de la multa; publica entonces un temo reclamo en que inserta todas las cartas de felicitación que le han sido dirigidas; emprende un viaje circular por la región; se exhibe en todas las localidades a la muchedumbre ansiosa por ver a la celebridad del día, y no deja de aprovechar la ocasión para hacer circular la bandeja de cuestación. — Obispo «fin de siglo».

Después de la ejecución de Pranzini en la guillotina, llevan a la sala de autopsias el cuerpo del asesino. El jefe de la policía de seguridad arranca del cadáver un gran pedazo de piel, le hace curtir y luego transformar en petacas y carteras para él y para algunos amigos suyos. — Funcionario «fin de siglo».

Un americano celebra sus bodas en una fábrica de gas; luego sube con su mujer en un globo que les espera, y realiza el viaje de novios en las nubes. — Matrimonio «fin de siglo».

Un agregado de embajada chino publica con su nombre libros ingeniosos escritos en francés; negocia con unas casas de banca con motivo de un fuerte empréstito de su gobierno, y hace que le anticipen sumas importantes a cuenta del negocio en trámites. Pasado algún tiempo, se descubre que los libros los ha escrito su secretario francés, y que el chino agregado de embajada ha dado el timo a los banqueros. — Diplomático «fin de siglo».

Un alumno del cuarto año de bachillerato pasa con un compañero suyo por delante de la cárcel en que su padre, rico banquero, ha estado recluido varias veces por bancarrota fraudulenta, malversación de fondos y otros crímenes fructuosos. Señala el edificio a su amigo, y dice sonriendo: «¡Ahí tienes el liceo de papá». — Hijo «fin de siglo».

Dos amigos de colegio, de buena familia, charlan entre ellas. Una de ellas lanza un suspiro.

— ¡Qué tienes! — pregunta la otra.

— Una pena muy grande.

— ¿Cuál?

— Amo a Raúl, y él también me ama.

— ¡Pues si es delicioso! Es guapo, joven, elegante. ¿Y por eso te afliges?

— Sí; pero no tiene nada y no es nada, y mis padres quieren que me case con el barón, que es obeso, calvo y feo, pero muy rico.

— ¡Pues bueno! Cástate tranquilamente con el barón, y hazle la presentación de Raúl.

— ¡Viente tonta! — Señoritas «fin de siglo».

¿QUE QUEBA DEL CRISTIANISMO?

Es singular lo que en religión sucede. Si un cristiano dijera que no cree en la Trinidad, ó en la encarnación del Hijo de Dios, ó en la pureza de María antes y después de su nacimiento, ó en el cambio eucarístico del pan y el vino en cuerpo y sangre de Cristo, ó en la existencia del Limbo para los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento, se le declararía al punto hereje, se le anatematizaría y se le arrojaría entre los réprobos. El cristiano ha de creer estas y otras afirmaciones; precisamente porque son absurdas. *Crede quia absurdum*, decía hace ya quince siglos el más célebre de los padres de la iglesia.

No existe este rigor para el que, en todo falsea los conceptos de Cristo. La razón es porque si tal hiciera, no quedaría un cristiano. En la práctica de la vida, ¿qué queda de la moral del evangelio? Absolutamente nada. Los bienaventurados eran para Cristo los pobres de espíritu, los mansos, los misericordiosos, los pacíficos, los que padecen persecución por la justicia. Los que le siguiesen no podían enfadarse contra sus hermanos y habían de amar aun a sus enemigos, hacer bien a los que les aborrecieren; orar por los que los persiguieren y calumniaren, perdonar a sus deudores, presentar la mejilla derecha al que los hiere en la mejilla izquierda, y su capa al que les pusiere pleito sobre su túnica.

¿Qué predomina hoy en las naciones? No bastan los triunfantes a fallar los pleitos que entre sí promueven los cristianos, a veces los hijos contra los padres, otras los padres contra los hijos. Por el menor de los agravios se lleva a los hombres ante los jueces, ó se los bate en desfilé, ó se les guarda rencor eterno. Por motivos triviales, un vez por conservar injustas conquistas, se sostienen largas y sangrientas luchas en que la crueldad se sobrepone a la misericordia y el furor a la mansedumbre. No hay piedad para los que no combaten, y aquel se tiene por mejor que más enemigos ha matado. No prevalecen los mansos, sino los soberbios; no los pobres de espíritu, sino los que ciñen espada; no los que padecen persecución por la justicia, sino los que persiguen la justicia y la aplastan. Decid a pueblos ni individuos que presenten la mejilla izquierda al que les hirió en la derecha, y se reirán de vosotros. Se ha trazado fronteras entre las naciones, y cada nación está dispuesta a sacrificar en los altares de la suya a todo nuestro linaje.

No quería Cristo que los suyos atesoraran riquezas. «No es posible, les decía, que sirváis a Dios y al dinero, porque tendréis el corazón donde el tesoro.» Y aquí el que de más cristiano se precia, atesora y atesora, sin ver nunca harta su codicia. Aun a costa de la general pobreza, aun a costa de la ruina de la patria, amontonan aquí inmensos caudales hombres que se dicen siervos de Cristo. El afán de enriquecerse es general, y se sacrifica por conseguirlo descanso y honra. ¿Dónde está el cristianismo? ¿Dónde los cristianos?

Aborreció Cristo la hipocresía, y no quiso que los suyos pregonasen sus limosnas, ni orasen en público, ni hiciesen largas preeces, ni manifestasen en el rostro sus ayunos; ni jurasen. Se nos exige a cada paso que fuéramos, se ora públicamente, se ensarta preeces sobre preeces y se hace ostentación y gala de lo poco que dan los ricos sobre lo que a los menesterosos usurpan.

La moral cristiana no existe; no existe sino la superstición cristiana. Si Cristo volviera, encontraría en sus creyentes a los escribas y fariseos de su tiempo, y a latigazos arrojaría de sus templos a los que los han convertido de casas de oración en cuevas de ladrones.

F. PI Y MARGALL

LA CECILIA

Sigue sin parecer ¡Demontre de muchacha! Toda la policía de Madrid y provincias; toda la policía de España, hállase dedicada a su busca y captura. Y ella, burlando a todos y burlándose de todos, admirable de astucia y sagacidad. ¡Qué instinto, qué arte el de esa mujer! ¡Si parece aconsejada por un espíritu superior, por uno de esos maestros en la ciencia del engaño, por un gra

DON QUIJOTE

Como pasan el verano nuestros políticos.



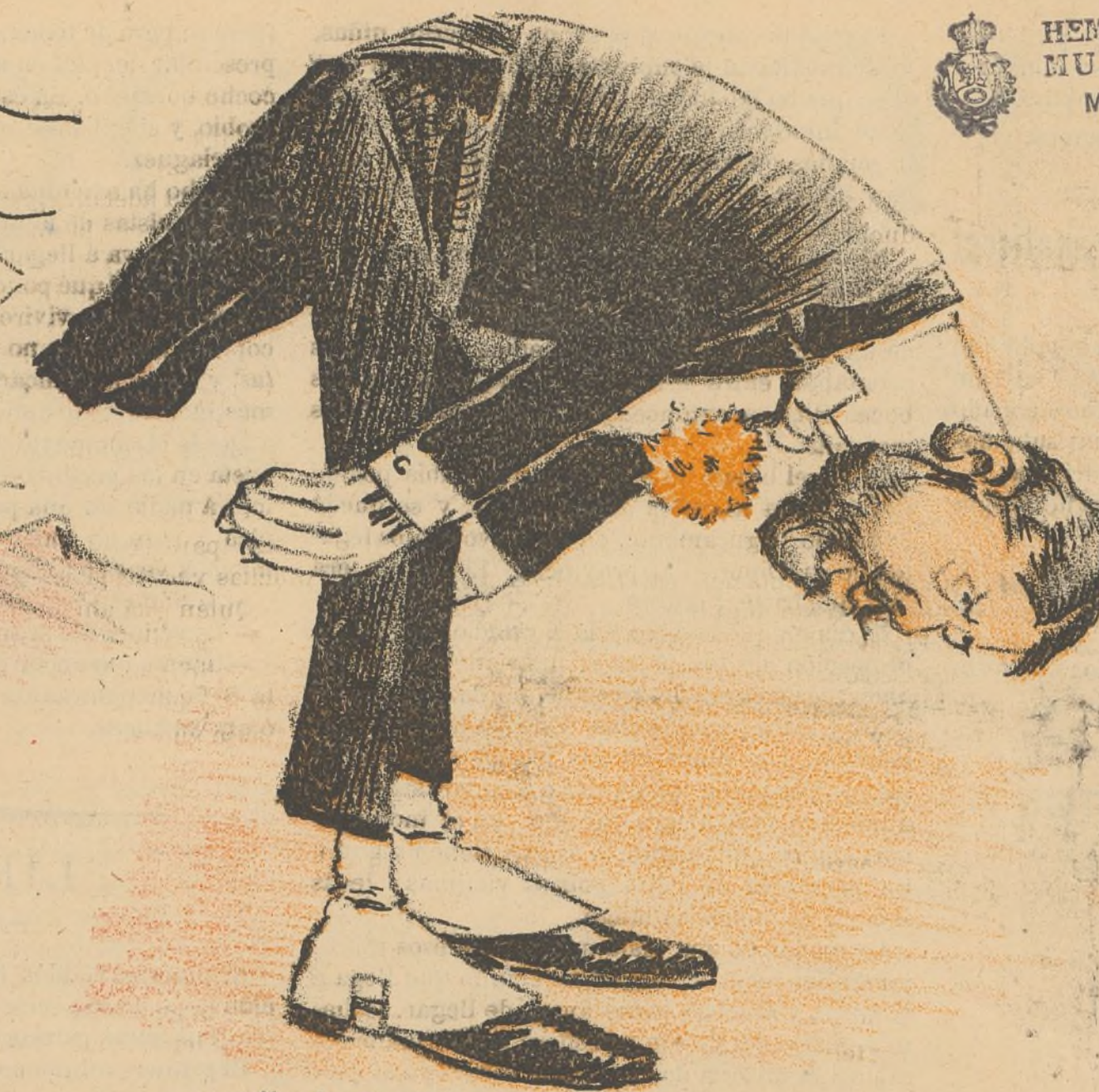
Sagasta.—Muy entretenido con el chico de las de Merino.



Sitola.—Dedicado a corregir La Filocalia.



Moret.—Agarrado á los hilos por lo que pudiera ocurrir.



Almodovar.—En esta cómoda posición.



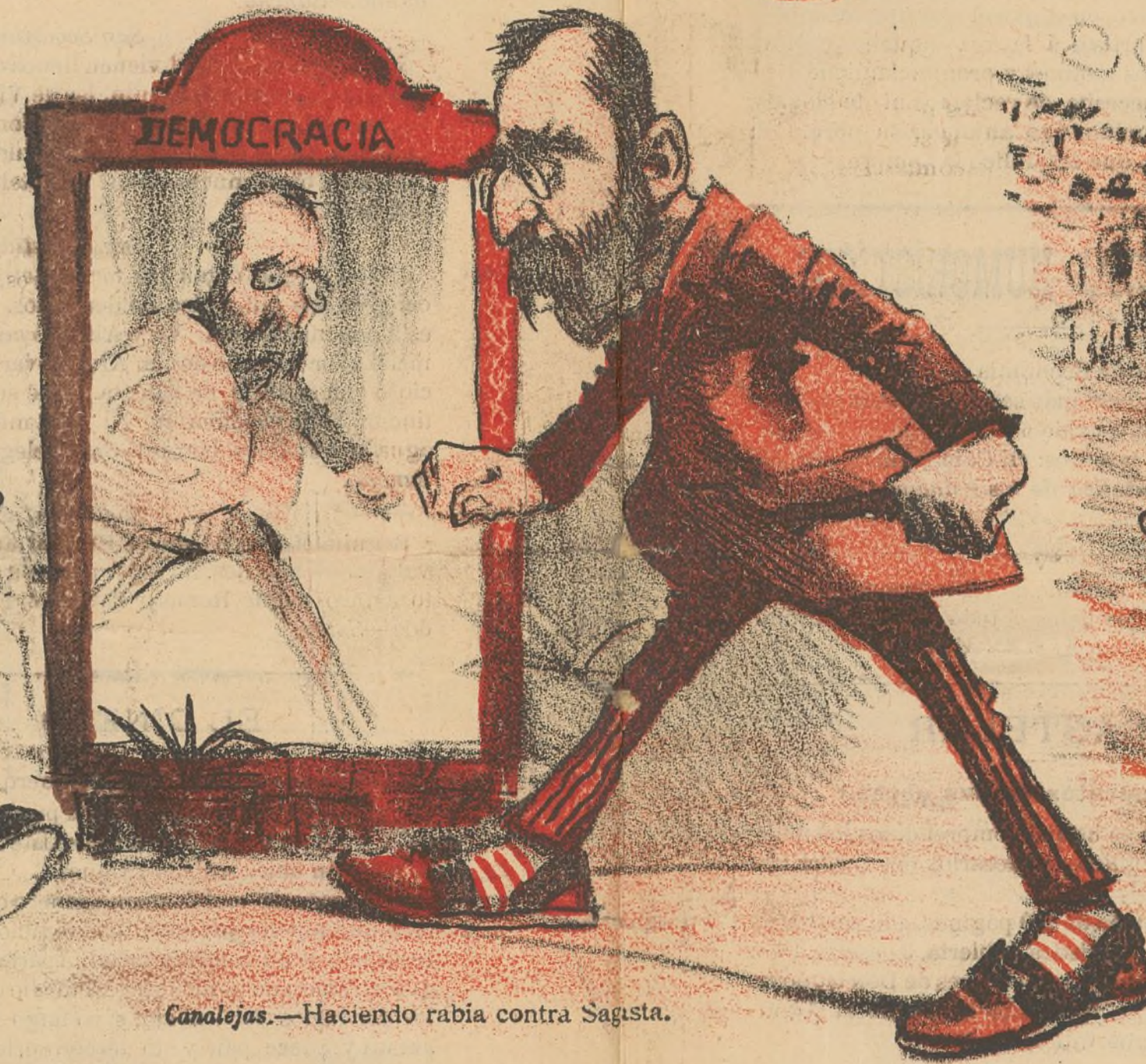
El Nuncio.—Conferenciando con el gobierno.



Villaverde.—Con la lengua fuera.
¡Hace tanto calor!



Barroso.—Persiguiendo á Cecilia.



Canalejas.—Haciendo rabia contra Sagasta.



Romero Robledo.—Haciendo alta política.



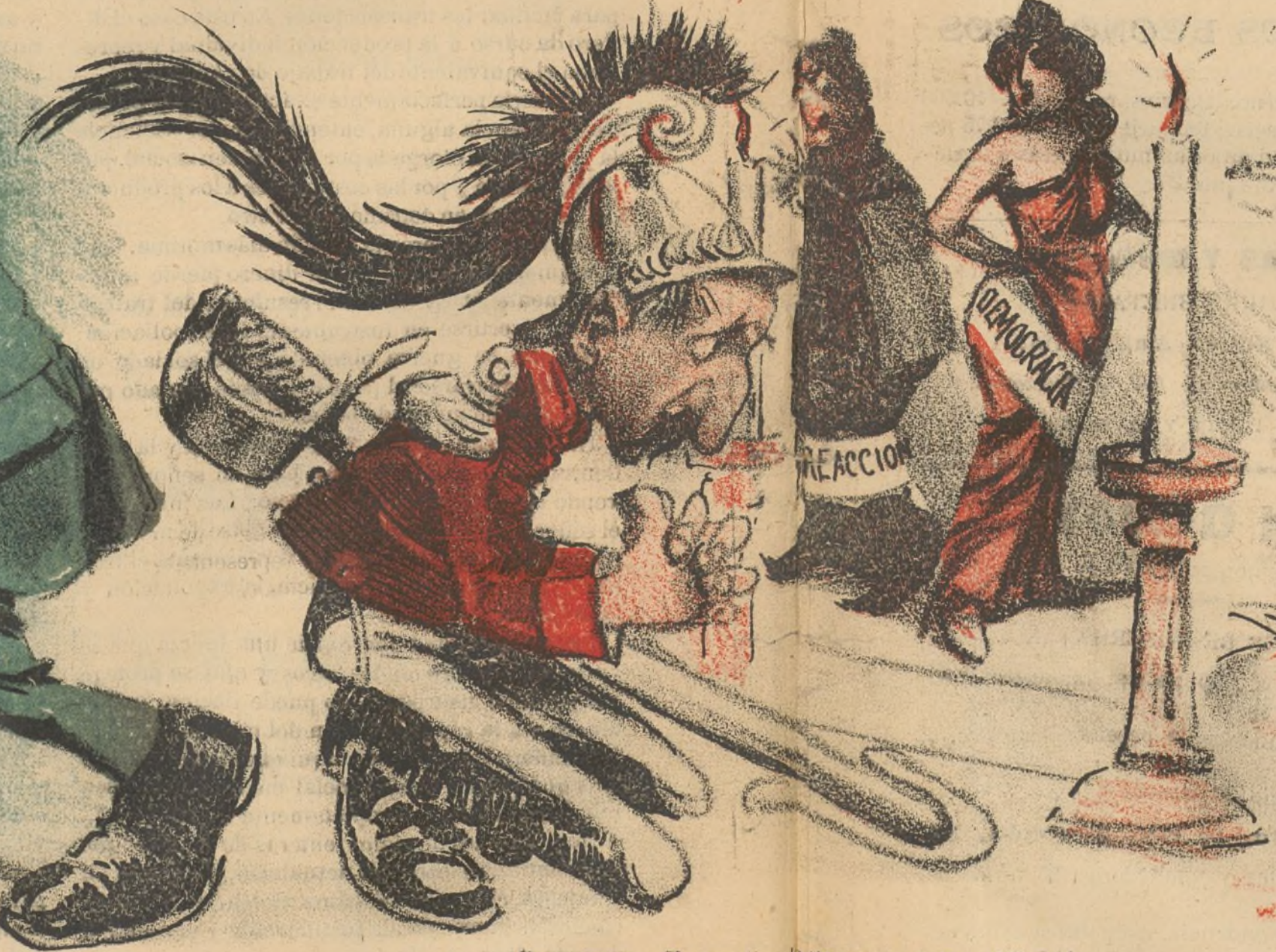
Veragua.—Tomando aguas menores.



Montero Rios.—Lleno de remordimientos
por la muerte de Meco.



Duque de Tetuán.—Preparándose á conquistar
el poder por puños.



Romanones.—Encendiendo una vela á San Miguel
y otra al diablo.



¡Y así veranea el pobre pueblo!

diplomático, por un gran leguleyo, por una especie de Montero Ríos...

¡Si el Sr. Moret quisiera hacernos caso! Ya se habrá convencido de que la policía española no sirve para nada, y que el señor D. Laureano Díaz y el no menos señor D. Fulano Puga no son merecedores siquiera del saludo de Mr. Goron.

Pues bien; ¿por qué no nombra el Sr. Moret policía general del reino—cargó nuevo que debe crearse expresamente para ella—á la célebre Cecilia Aznar? Condiciones para desempeñarlo ya ha demostrado que las tiene. ¡Oh, es seguro que haría un gran polizonte!

Estudie el Sr. Moret nuestra proposición. El vecindario de Madrid está alarmado con tanto crimen y tanto robo como se comete á diario. ¡Sólo Cecilia podía tranquilizarlo, podía llevar la paz á los conturbados espíritus de los madrileños!

¡Si; que la nombren cualquier cosa, (con perdón del Sr. Pastor)! Peor que estamos no podemos estar. Y hay que hacer algo en favor de la seguridad de estos pobres vecinos de la villa del Barroso y del madroño.

El hijo pródigo.

(CARTA DE DON JAIME Á SU PAPÁ)

Mi más querido papá:

ma legraré que al recibir desta carta que le escribo, salte usted bueno. Yo ya me levanto por el día, como bien, *hestoy* contento y espero el dulce momento de estar en su compañía; y *unque* digan por ahí que ahora pienso en *rebelame*, lo dicen por *disgustame* y hablar un poco de mí. No creo que debo hacer á usted más declaraciones; tengo mis suposiciones de que esto es cosa de Mier...

Nuestra *causa* es mi ilusión. Ya tengo, *unque* no son muchos, unos cuatro ó seis cartuchos por si llega la ocasión de aplicar á cada cual, lo que *saya* merecido, y por eso he decidido empezar por *Necedal*.

Y en el monte y en el llano lucharé como una fiera; si *venzo* por *primavera* seré rey por el verano, y entonces te iré á ofrecer como cumple á un hijo honrado, lo que hayamos conquistado con los esfuerzos de Mier...

Reformas sociales

y presupuestos honrados.

En todas las naciones se preocupan los hombres y los partidos políticos de la cuestión social; en todas menos en España.

Aquí la política sigue siendo vieja y rutinaria. Los gobiernos reúnen Parlamentos nada más que para *legalizar* sus desatinos; los partidos gubernamentales que no ocupan el poder, hacen oposición nada más que para alcanzarle, sin otra finalidad, sin otra aspiración que gobernar, y gobernar quiere decir—para esa gente—dar de comer á los amigos y procurar que los enemigos hambrientos no perturben con protestas tumultuarias la digestión de los satisfechos.

Ahora mismo acaba de aprobar el Parlamento los presupuestos nacionales. ¿Qué cosa son los presupuestos en España? Figuraos las cuentas de un hacendado poderoso y gastador: necesito tanto para sostener mi casa (sueldos, gastos de representación, etc.); tanto para queridas y diversiones (monarquía, iglesia, etc.); tanto para criados, porteros, dependientes (ejército, tribunales, etc.); tanto para limosnas (instrucción pública, bellas artes, etc.); tanto para amortizar trampas (deuda pública, adelantos del Banco, etc.); ya está el presupuesto de gastos. Ahora el de ingresos: tanto de mis colonos, á quienes subo el arrendamiento de mis tierras; tanto que descuento á mis dependientes y criados; tanto por conceder la exclusiva de tal explotación. Hay que forzar la máquina; subamos los alquileres de mis casas, disminuyamos la comida de mis servidores, suprimamos el maestro de escuela de tal colonia, aumentemos las horas de trabajo de mis jornaleros. Total de ingresos, total gastos, total igual. No hay déficit.

¡Hosanna!

Y el hacendista maravilloso se queda tan satisfecho.

Pero ¿es que el problema político, el problema social y el problema económico no se conectan como las ruedas de un mecanismo complicado?

ALEJANDRO LERRROUX

¡No analices, muchacho, no analices!

El director de *El Censor*—periódico valiente, dedicado á la defensa de la moralidad—ha sido villanamente agredido por un individuo apodado *El Bórido*, comisionado especial de no sabemos qué *caballeros* de esos del hampa madrileña.

Y ahí va la moraleja de la noticia, hecha por el propio Bartrina:

«Si quieres ser feliz, como me dices, no analices, muchacho, no analices».

Porque se dan *Bóridos*.

Y porque aquí no es posible hablar claro sin peligro de la vida.

LEVANTAR MUERTOS

¡Estos sabios de hoy en día idean con el demonio!

Según dicen de Alemania, con el natural asombro que ocasionan á las gentes los más extraños fenómenos, unos doctores ilustres resolvieron hace poco el trascendental problema, inconcebible, asombroso, de dar vida á los difuntos de un modo fácil y pronto.

Cuando leí la noticia, supuse que era algún *colmo* de los que inventan algunos que se las dan de graciosos; pero al saber que el problema preocupa á los hombres doctos y que se han hecho experiencias en gatos, perros y monos y en hombres que parecía que estaban *mueritos del todo*, con resultado excelente, superior á todo encomio, confieso sin dilaciones que ante un caso portentoso como el *resurrexit* nuevo, me confundo y me emociono.

Brindo el invento á las viudas que lloran á sus esposos; á los poetas sensibles que ven morir en otoño, entre pobres violetas, á un clavel *anciano* y solo. A las fracciones políticas que luchando con encono suelen levantar más muertos, que traducen luego en votos, que todos los que idearon el invento portentoso. A los señores formales que, viviendo del embrollo, levantan, en los casinos, varios muertos de *los otros*. Y, en suma, á toda esa gente que, viviendo de los tontos, á quien ellos llaman muertos, siendo ellos *vivos*, al bollo, no conocen más amigos que su panza y su negocio.

LA CARIDAD OFICIAL

Marchaban en doble hilera con paso uniforme, monótono y lento; parecían una cuerda de reclusas, y la mayor de todas aún no tenía doce años; en sus rostros, delgados y macilentos, se veían los tonos pálidos y quebradizos de las hojas secas; hablaban sin reír, como las viejas, y gesticulaban con ademanes lacios y torpes, como los borrachos. Era un espectáculo horrible.

Se fijaban en los transeúntes con una expresión de indefinible asombro; á sus apagadas pupilas se asomaban las almas infantiles, atacadas, como los cuerpos, de ictericia. Eran las hijas de la Inclusa, las protegidas por el Estado, las que alimenta el pan de la caridad que nace en el expediente.

Sus vestidos cenicientos parecían camisas de fuerza sujetando unos miembros delicados como las fibras del junco. Cualquier color alegre, hasta el rojo, hubiera sentido bien á las pobres niñas; pero la caridad oficial tiene mal gusto.

Iban precedidas de dos hermanas de San Vicente de Paul que vestían hábitos azules y grandes tocas blancas; otras dos hermanas cubrían la retaguardia de la cuerda de incluseras, y su presencia intimidaba indudablemente á las criaturas.

Las niñas, porque á pesar de todo eran niñas, marchaban con la suprema indiferencia del que sabe que ha de llegar forzosamente á donde no tiene interés en ir; arreglaban su paso al de las hermanas encargadas de su custodia y se dejaban llevar; no lo hacen mejor los presidiarios conducidos por la benemérita.

Ni una carcajada, ni un grito, ni un gorjeo, ni un salto, nada; las más atrevidas, las mayorcitas, sonreían, y sus sonrisas recordaban el amanecer de un día de invierno: los dientes amarillentos asomaban entre los labios blanquecinos y las bocas fingían entonces un revoloteo de flores marchitas.

El ángel bueno de la infancia no había podido llegar hasta aquellos débiles seres, y se quedó enredado, seguramente, en los polvorientos legajos de la Diputación provincial. El cuadro era más que triste, lúgubre.

El día en que le diera á la caridad oficial por la protección de los pájaros, habrían muerto los nidos; sería capaz de inventar mordazas para los picos y lazos para las alas. Esto ha hecho con la infancia. Los niños en sus manos son mucho menos que niños; cualquier cachorro está continuamente más alegre que ellos en el momento más alegre que tengan, si es que tienen alguno. En presencia de estas pobres víctimas, Jesús echaría de menos su látigo.

La nación es una mala madre para esos niños, y para las hembras peor aún; el niño que llega á hombre, y muchas veces antes de llegar, rechaza la tutela del Estado y prefiere la libertad miserable á la miseria del Hospicio; el arroyo al jergón, el aire abundante al pan escaso; la mujer no tiene este consuelo, porque cuando llega á poder emanciparse, lo que no sucede siempre, tiene ya enroscada á su esqueleto la clorosis y está condenada. Esos organismos, alimentados con la anemia, son una garantía del vicio. Lo que es triste en la infancia es terrible y trágico en la edad viril.

Nada tiene, pues, de extraño que esos vestidos cenicientos con que la caridad oficial cubre á sus protegidos, y que nos parecen horribles camisas de fuerza aplicadas á la infancia, se transformen con frecuencia aterradora en mortajas de prostitutas y chaquetillas de presidiarios.

Ni de color tienen que cambiar para ello.

G. NUÑEZ DE PRADO

ESTO NO ES VIVIR

Ya no se puede uno fiar de nada; ni del pan.

El doctor ruso Troitzki asegura que el pan frío está lleno de microbios de todo género, desde los más humildes á los más patógenos; de manera que ya no sabe uno qué comer ni cómo sustraerse á los horrores de una defunción prematura.

Desde que se ha descubierto la existencia de los microbios, no hay quien viva tranquilo.

A medida que la ciencia adelanta, decae el espíritu de los mortales, que se ven cercados por todo género de peligros.

Va uno á comer una pera lozana, y se estremece; quiere uno beber agua cristalina, y tiembla. Los microbios viven en todas partes, y hay microbios hasta en las zapatillas de orillo.

No hace mucho tiempo que un doctor de la provincia de Albacete descubrió la existencia de un *bacillus* en los calcetines sin costura. El *bacillus calcetorum*, que así se llama el nuevo enemigo de la humanidad, se dedica á roer lentamente los talones de las personas, prefiriendo siempre á las personas solteras. Cuando se ha cansado de roer, deposita una substancia verdosa en el talón y vase.

Asombra el pensar cuán numerosas pueden ser las víctimas de este nuevo *bacillus* si no se procura exterminarlo.

Casi todos usamos calcetines, aunque nos esté mal el decirlo, y el doctor dirige actualmente sus esfuerzos á conseguir la destrucción del microbio, ¿Cómo? Embriagándolo.

Uno de estos días sabremos si lo ha conseguido, y, entre tanto, vivamos ojo avizor, pues la muerte surge cuando menos se espera.

Antes vivía uno mejor, porque ignoraba la existencia de muchos venenos, mortales todos de necesidad. Hasta hace poco tiempo no sabíamos, verbigracia, que el sombrero hongo segrega un líquido de efectos siempre terribles.

Por ahora no ha producido ninguna víctima, pero ya la producirá en cuanto la ciencia descubra á qué clase de substancias pertenece el líquido de los hongos.

¡Con qué dulce calma veníamos comiendo el pan amasado con el sudor del rostro!

Pues bien: el doctor Troitzki lo ha descubierto recientemente, el pan, como dejamos apuntado, encierra peligros indubitables para la salud, y esta noticia ha caído como una bomba en muchos hogares.

Para neutralizar los terribles efectos del microbio del pan, hay personas que lo mojan en agua caliente alfanorado, y otros que lo comen en sopa á fin de darle un hervor al microbio y dejarlo sin

fuerzas; pero de todas suertes, lo más acertado es prescindir del pan en absoluto y dedicarse al bizcocho borracho. En éste no puede existir el microbio, y si existiese sería en completo estado de embriaguez.

Mucho ha adelantado la ciencia; grandes son las conquistas de la microbiología; pero la verdad es que ya á llegar tiempo en que no sepamos qué comer, ni qué ponernos, ni dónde acostarnos.

Con el tiempo viviremos agorados al microscopio, á fin de que no nos hagan daño los *bacillus*, y antes de hincarle el diente al melocotón más inofensivo le aplicaremos el aparato.

Desde el momento en que existen microbios hasta en las personas ¡limpias, no nos acercaremos á nadie sin una previa inspección microscópica, y para no tener que molestarnos diremos muchas veces á la criada:

—¿Quién está ahí de visita?

—La señora del segundo.

—Bueno, pues coge el microscopio y reconócela. Si la encuentras algún *bacillus*, díla que se vaya ó que se cueza.

LUIS TABOADA

LIBROS

El maestro Galdós ha comenzado la publicación de la cuarta serie de los *Episodios nacionales*. ¡Las letras patrias están de enhorabuena!

El primer volumen de la nueva serie, *Las tormentas del 48*, es un relato admirable, de gran interés novelesco, en el que el maestro describe—historiador y artista á la vez—aquella curiosa época de diarios motines y pronunciamientos.

Galdós no necesita de reclamos ni de elogios. Por eso nos limitamos á anunciar su obra. Con esto basta para que el público la compre.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

De un tratado de Economía política: «No hay negocio más seguro ni más práctico que los seguros de vida.»

Y añadimos nosotros: ni Compañía de seguros como *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 12*.

¿Por qué se ha curado de su enfermedad el rey de Inglaterra? Por beber á todo pasto, sin limitación, el exquisito *Anis del Mono*.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de Don Quijote, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

IMPRESOS ECONÓMICOS

Material moderno. Precios reducidos. 10.000 prospectos, 12 pesetas; 100 tarjetas, desde 0,75 pesetas. Especialidad en orlas modernistas é inglesas litográficas. Aduana, 25.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.